

Recordando a Alberto Cazorla, un herediano ejemplar

Renato D. Alarcón¹

En una institución cuyos orígenes y cuya historia son dechado permanente de personajes y acciones excepcionales en la vida académica de nuestro país, Alberto Cazorla Talleri confiere un sello distintivo y ejemplar. Él no fue miembro del grupo de casi medio millar de docentes de San Fernando que renunciaron cuando la Ley 13417 se hizo efectiva, trabajaba desde su retorno de estudios de posgrado en Estados Unidos de Norteamérica, en el laboratorio del entonces Instituto Nacional de Enfermedades Neoplásicas (INEN) y dictaba ocasionalmente clases de bioquímica en la Universidad de San Marcos, como invitado de la Facultad de Medicina. Cuando la ruptura tuvo lugar, se adhirió sin ambages a la legión fundadora de la Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas, plenamente identificado con su filosofía en el campo de la educación médica y con sus principios éticos en la concepción de instituciones académicas.

Fue así como Alberto Cazorla se incorporó a la plana docente joven de una joven casa de estudios y estuvo entre los primeros que se hicieron heredianos, inspirados fundamentalmente por la sabiduría docente, la dignidad humana y el heroico mensaje de maestros como Honorio Delgado, Alberto Hurtado



Dr. Alberto Cazorla Talleri (1925-2022)

y Víctor Alzamora. No vaciló en hacerlo a pesar de las incertidumbres del inicio. Su identificación con la visión fundacional de Cayetano Heredia acogió las esencias de enseñanza e investigación en la configuración de un quehacer clínico sólido y genuinamente científico-humanístico. Su trayectoria académica confirmó no sólo la certeza de sus convicciones sino también el vigor de sus lealtades. La institución herediana reconoció tales méritos, confiándole dos veces la conducción de su Rectorado, responsabilidad que Cazorla asumió con sus habituales rasgos de convicción, calidad, sencillez y dignidad.

Mi vinculación con don Alberto, en el contexto de la vida universitaria que nos tocó compartir, tuvo

¹ Profesor emérito de psiquiatría, titular de la Cátedra Honorio Delgado, UPCH. Emérito Distinguido, Mayo Clinic, School of Medicine, Rochester, MN, USA. Miembro de la Promoción Alberto Hurtado 1965, Facultad de Medicina, UPCH, Lima, Perú.

expresiones variadas, todas, para mí, fuente de lecciones imperecederas. La primera se configuró cuando yo, todavía estudiante (junto con otro amigo y colega inolvidable, Eduardo Barriga Calle) y él, como docente, fuimos llamados a formar parte de una comisión *ad hoc* creada en 1964 por el Consejo Universitario, en respuesta a una iniciativa de los Dres. Mariano Querol y Leopoldo Chiappo. Esta Comisión, integrada por 21 miembros (18 de los cuales eran docentes, además de un tercer estudiante, Víctor Puente-Arno), comenzó a reunirse los jueves de cada semana, de 8 a 11 de la noche, en la casa de Mariano Querol, para discutir y configurar lo que tres años después, en 1967, se publicó como un breve pero valioso texto titulado *Planteamientos Fundamentales de la Renovación Universitaria*, aprobado por la Universidad como documento sustancial de las ideas, valores, principios y normas de la historia, la vida y la razón de ser de nuestra institución. La Renovación Universitaria fue la respuesta de nuevas generaciones a la añeja y politizada Reforma Universitaria, la visión enteriza y cabal de una nueva forma de servir al país desde aulas y claustros entregados a la auténtica y noble tarea de educar sin cortapisas.

La participación de Cazorla en estas reuniones fue intensa y profunda. Los diálogos y discusiones con docentes de la talla de Mariano Querol, Leopoldo Chiappo, Enrique Fernández, Ramiro Castro de la Mata, Hugo Pereyra, Federico Moncloa, Hugo Lumbreras, Carlos Monge y José Wittembury dieron forma a sólidos pilares de sabiduría e integridad institucional. Recuerdo sus intervenciones en la elaboración de los principios y bases de la nueva universidad, el establecimiento de una política universitaria alturada y justa, de un currículo coordinado y adaptable y de un gobierno institucional digno y solidario. Ponía especial énfasis en la necesidad de una auténtica vocación académica por parte de docentes y estudiantes y de una comunicación plena a todo nivel. Esta experiencia y el ejemplo inspirador y cercano de maestros como Don Alberto fueron para mí, sin

duda alguna, factores decisivos en la delineación de mi carrera académica.

A mediados de los años 1970s, luego de mi retorno del entrenamiento de posgrado e incorporado al Cuerpo Docente del Departamento de Psiquiatría en la Facultad de Medicina, fui nombrado director de Asuntos Pedagógicos y, como miembro del Consejo Universitario durante el Rectorado del Dr. Homero Silva, asumí la coordinación de las tareas de la Comisión de Exámenes de Ingreso a la Universidad. Era ciertamente más joven que varios de los miembros de la Comisión y, como tal, probablemente era percibido aun, por algunos de ellos, como su alumno de pocos años atrás. Eso tal vez hacía que, en ocasiones, no prestaran atención o se distrajeran hablando entre ellos cuando yo elaboraba mis comentarios, daba instrucciones o datos de procedimientos diversos dentro del proceso. Don Alberto formaba parte de la Comisión, formulaba, respetuosamente, preguntas pertinentes pero, en una ocasión, genuinamente exasperado por la conversación indiferente de dos o tres miembros cuando yo estaba dirigiéndome a todo el grupo, se levantó y los amonestó públicamente, llamándolos por sus nombres y exigiéndoles que prestaran atención “a las instrucciones que nos está dando el presidente de la Comisión”. Respeto hacia todos, responsabilidad y aceptación justiciera de roles, reconocimiento del otro como ente vital, eran principios inherentes al quehacer cotidiano de Alberto Cazorla.

Fue durante su segundo rectorado que Cazorla asumió y ejecutó un acto de legítima justicia en el campo académico, reconociendo a dos figuras cimera de la psiquiatría peruana y dando una lección cabal de dignidad y entereza moral a detractores y oportunistas de diversa laya. En 1987, el Dr. Javier Mariátegui Chiappe, profesor de psiquiatría en nuestra Universidad y primer director del Instituto Nacional de Salud Mental Honorio Delgado-Hideyo Noguchi, fue arbitrariamente removido de este último cargo que había ejercido

con dedicación y brillo por más de una década. La medida, estrictamente dictada por razones políticas tan vacías y mediocres como sus autores a nivel gubernamental, ministerial o dentro del propio instituto, generó una protesta unánime y masiva de médicos y organizaciones profesionales, amigos y ciudadanos comunes y corrientes, órganos de prensa y grupos sociales diversos. La elocuente culminación de este desagravio colectivo fue la creación de la Cátedra Honorio Delgado (en homenaje a la figura patricia de la psiquiatría peruana en el escenario global) y el nombramiento de Javier Mariátegui (discípulo dilecto de don Honorio) como su primer titular, en 1988. Ambos eventos llevaron la inconfundible rúbrica de Alberto Cazorla Talleri.

Otro rasgo distintivo que debe ser evocado en toda semblanza de Cazorla es el de su precioso sentido del humor. Elegante, espontáneo, preciso y generoso, lo mostraba cada vez que era posible y en circunstancias diversas: durante el dictado de una clase, en ceremonia académicas, conversaciones en la cafetería o con visitantes en la acogedora sala de su casa en Miraflores. Recuerdo, por ejemplo, un evento conmemorativo en el auditorio principal del campus de San Martín de Porras, cuando al ser introducido como “don Alberto” por el maestro de ceremonias, dedicó sus palabras iniciales a comentar el significado de “don” en la trayectoria vital de todo profesional, médicos en particular:

“Luego de ser tal vez «señor» antes de graduarse, uno pasa a ser llamado «doctor» por muchos años; si tiene la suerte de convertirse en docente al paso del tiempo, la gente se dirige a él entonces como «profesor» para, tiempo después, pasar a llamarlo «don», seguido por el nombre y ya sin el apellido, una manera de decir que uno ya está viejo y que, a veces, lo único que se le pide hacer es escribir cartas de recomendación para colegas jóvenes”.

Estas son solo algunas de las múltiples facetas que han hecho de Alberto Cazorla una figura descolante en la historia herediana. Cazorla hizo una conjunción de solidez científica con firmeza moral, sabiduría académica con arraigado sentido de justicia, dignidad profunda con sencillez auténtica. Fue un ser humano integral, dueño de sus aciertos y sus errores, maestro genuino, esposo y padre ejemplar. Recuerdo nuestras charlas para “ponernos al día” durante mis visitas a Lima, recuerdo sus sonrisas, su ternura para con la Sra. Roma, el coraje y buen humor con que fue asumiendo el afrente de los años. Y, sobre todo, recordaré siempre su cultivo perenne de los valores que encarna nuestro sagrado lema: *“Spiritus ubi vult spirat”*.

Correspondencia:

Renato D. Alarcón
renato.alarcon@upch.pe

Fecha de recepción: 11-05-2022.
Fecha de aceptación: 23-05-2022